

**És possible una altra Església?
Iniciar la reacció en les comunitats cristianes**



Servei de Documentació

Unió de Religiosos de Catalunya • Centre de Vida Religiosa i Espiritualitat
Plaça d'Urquinaona, 11, 2n 2a (08010 Barcelona) Tel. 93 302 43 67 sec.general@urc.cat - urc.info@gmail.com

Autors	José Antonio Pagola	67
Títol	¿Es posible otra Iglesia? Iniciar la reacción en las comunidades cristianas	
Font	Apunts proporcionats pel propi autor	
Data	Conferència pronunciada pel seu autor en en la Jornada de Formació Permanent de l'URC, celebrada a Barcelona el 7 de febrer de 2015	
Publicat	26 de febrer de 2015	



¿ES POSIBLE OTRA IGLESIA? INICIAR LA REACCIÓN EN LAS COMUNIDADES CRISTIANAS

Voy a hablar de algo que llevo muy dentro estos últimos años. ¿Puede el cristianismo actual encontrar en su interior el vigor espiritual necesario para desencadenar un proceso de conversión a Jesucristo? ¿Es posible movilizar las fuerzas de la Iglesia hacia un seguimiento más fiel a Jesús? ¿Es posible iniciar la reacción en la situación actual de crisis religiosa generalizada? ¿Abrirá el Papa Francisco un horizonte nuevo? ¿Qué podemos hacer en las parroquias y comunidades cristianas?

Como es natural, no pretendo abarcar todos los aspectos y dimensiones de una posible renovación de la Iglesia en todos sus niveles, en las próximas décadas. Mi objetivo aquí es mucho más modesto. Solo quiero encender en nuestras comunidades algo de ese fuego que Jesús quería ver ardiendo en el mundo (Lucas 12,49). Sacudir nuestras conciencias para tomar más en serio lo que su Espíritu nos está diciendo hoy a sus seguidores. ¿Es posible otra Iglesia? ¿Podemos iniciar la reacción desde nuestras parroquias, comunidades y grupos cristianos?

1. Algunos hechos en la iglesia actual

Comienzo por destacar algunos «hechos mayores» que nos permitan contar con un primer punto de partida para reflexionar sobre la necesidad y la posibilidad de una conversión más radical de la Iglesia a Jesucristo.

◦ El riesgo de la reacción automática

Durante las últimas décadas se han multiplicado los estudios sociológicos, encuestas y sondeos sobre la situación crítica y decadente de las

Iglesias cristianas en occidente. Tratar de ignorarlos sería cerrar los ojos a la realidad para afrontar el futuro de manera ciega e irresponsable. Algo de esto viene sucediendo estos últimos años en sectores de Iglesia que quieren caminar hacia el futuro mirando hacia atrás. Pero existe un riesgo todavía más peligroso. Condicionados por los datos sociológicos, corremos el riesgo de reaccionar automáticamente, sin detenernos apenas a discernir cuál debería ser hoy la actitud de los seguidores de Jesús. Existe el peligro real de que la Iglesia se vaya configurando, «desde fuera», como reacción espontánea a la situación sociológica de crisis, y no como fruto de una apertura valiente y confiada al Espíritu de Jesucristo. Voy a señalar brevemente tres aspectos:

- No es difícil observar cómo estos últimos años han ido tomando cuerpo en la Iglesia actitudes de nerviosismo y de miedo, y comportamientos pastorales generados más por el instinto de conservación que por el Espíritu de Cristo que es siempre «dador de vida».
- Es fácil también constatar el crecimiento de una actitud autodefensiva que está lejos del Espíritu de misión que nos comunicó Jesús para salir a promover el reino de Dios y curar gratis la vida de las gentes, como ovejas en medio de lobos.
- Está actitud ha llevado a no pocos a ver en la sociedad moderna «el gran adversario de la Iglesia», que quiere destruir de raíz el cristianismo. De manera casi inconsciente, se puede llegar así a hacer de la denuncia y la condena un programa pastoral, incluso la tarea más decisiva y urgente de la Iglesia. «Se hace de la fe una contra-cultura y de la Iglesia una contra-sociedad»¹. Desde esta actitud es prácticamente imposible anunciar al Dios de Jesús como el mejor amigo del ser humano, y comunicar su compasión a todos, por muy «perdidos» que puedan aparecer ante nuestros ojos.

1 Claude Dagens, *Aujourd'hui l'Évangile*. Paris, Ed. Paroles et Silence, 2009, p.18

◦ *La opción por el restauracionismo*

En estos momentos de profundos cambios socio-culturales en los que habría que tomar decisiones de gran alcance tanto en lo doctrinal como en lo pastoral, la cúpula de la Iglesia ha decidido estos últimos años encerrarse en la restauración, con el riesgo de hacer del cristianismo una religión del pasado, cada vez más anacrónica y menos significativa para las nuevas generaciones. En vez de vivir caminando con los hombres y mujeres de hoy colaborando, desde el proyecto del reino de Dios, en la marcha hacia una sociedad más digna, más justa, más dichosa para todos, empezando por los últimos, la Iglesia dirigente se ha ido encerrando en la conservación firme, rígida y disciplinada de su tradición religiosa, convencida de que esto es lo mejor en estos momentos de crisis.

En este clima se ha ido infiltrando poco a poco en muchos ámbitos y niveles de Iglesia un conservadurismo religioso que está muy lejos del Espíritu profético y creativo de Jesús: se vigila el cumplimiento estricto de la normativa, sin concesión alguna a la creatividad; se controla de cerca la ortodoxia; todo parece fijado ya para siempre. Se diría que lo único que hay que hacer en estos tiempos de cambios profundos es conservar y repetir el pasado. No se abren espacios para la experimentación, el ensayo, la búsqueda de caminos nuevos para tiempos nuevos. Es difícil reconocer entre nosotros el Espíritu de Jesús invitándonos a traducir hoy en nuestra cultura su deseo de poner «*el vino nuevo en odres nuevos*»².

3 Pasividad generalizada

El rasgo más generalizado de los cristianos que no han abandonado la Iglesia es seguramente la pasividad. No hay que olvidar, como es natural, los movimientos llamados «posconciliares», que se han movido activamente estos años siguiendo las directrices de carácter restauracionista provenientes de la

2 Marcos 2, 22

jerarquía. Menos aún, el número importante y valiosísimo de cristianos y cristianas que viven comprometidos en grupos, comunidades, movimientos, redes, plataformas, áreas de marginación, proyectos educativos o pastorales, países de misión... Probablemente, ellos conforman el lugar eclesial desde donde es más posible la reacción y la conversión a Jesucristo y a su proyecto del reino de Dios. Pero todo esto no ha de llevarnos a ignorar la pasividad de la mayoría.

Durante siglos se ha educado a la masa de los fieles para la sumisión, la obediencia, el silencio y la pasividad. El cristianismo se ha organizado como una religión de autoridad y no de llamada³. Las estructuras que se ha dado a sí misma la jerarquía a lo largo de los siglos no han promovido la corresponsabilidad del Pueblo de Dios⁴. Se ha hecho del movimiento de Jesús una religión en la que la responsabilidad de los laicos y laicas ha quedado anulada: no se les necesita para pensar, proyectar o decidir sobre el seguimiento fiel de la Iglesia a Jesucristo. Este hecho es, tal vez, el principal obstáculo para promover la transformación que necesita hoy la Iglesia de Jesús. Una masa de fieles, entregada pasivamente a la dirección de una jerarquía restauracionista, difícilmente abrirá caminos al reino de Dios en el mundo moderno siguiendo los pasos de Jesús.

4. Una Iglesia que busca caminos nuevos

En poco tiempo, el Papa Francisco ha generado unas expectativas insospechadas solo hace unos meses, creando un nuevo clima eclesial y rompiendo, de alguna manera, la dinámica en la que hemos vivido los últimos años. Poco a poco, el Papa va definiendo su propósito. En su entrevista al

³ Marcel Legaut, *Crear en la Iglesia del futuro*. Santander, Sal Terrae, 1985. Ver su importante reflexión sobre las religiones de autoridad y la religión de llamada (29-138).

⁴ Ver la importante reflexión crítica de Ladislav Örsy, *Il popolo di Dio. Sull'impossibilità di una «teologia del laicato» e la necessita di una riforma del Codice*, en *Il Regno* 14/2009, p.435-439. El autor es profesor de Derecho Canónico en el Georgetown University Law Center de Washington.

director de la *Civiltá Cattolica* decía así: “Busquemos ser una Iglesia que encuentra caminos nuevos”. Seguramente, estas palabras resumen bien sus deseos y su aspiración.

Estuve muy atento a su homilía en la fiesta de Pentecostés (19 de mayo de 2013). Me impresionó su determinación por liberar a la Iglesia de los miedos que nos han paralizado estos años: “La novedad nos da siempre un poco de miedo, porque nos sentimos más seguros si tenemos todo bajo control, si somos nosotros los que construimos , programamos y planificamos nuestra vida según nuestros esquemas, seguridades y gustos. Tenemos miedo a que Dios nos lleve por caminos nuevos que nos saquen de nuestros horizontes, con frecuencia limitados, cerrados, egoístas para abrirnos a los suyos”

El Papa se hizo, entonces, en voz alta estas preguntas: “¿Estamos abiertos a las sorpresas de Dios o nos encerramos con miedo a la novedad del Espíritu Santo? ¿Estamos decididos a recorrer los caminos nuevos que la novedad de Dios nos presenta o nos atrincheramos en estructuras caducas, que han perdido capacidad de respuesta?”

No estábamos acostumbrados a este lenguaje estos últimos tiempos. Todavía es pronto para saber qué caminos nuevos podremos recorrer bajo el impulso del Papa Francisco, pero lo importante es que se está creando en la Iglesia un clima nuevo que puede hacer posible cambios e innovaciones que hasta hace muy poco eran impensables.

▪ **Volver a Jesús, el Cristo**

El giro que necesita el cristianismo actual, la autocorrección decisiva, consiste sencillamente en volver a Jesús para centrar a la Iglesia con más verdad y más fidelidad en su persona y en su proyecto del reino de Dios. Esta

conversión radical a Jesús, el Cristo, es lo más importante que puede suceder en la Iglesia en los próximos años. Muchas cosas habrá que hacer, sin duda, en diferentes campos y a todos los niveles, pero nada más decisivo que impulsar esta conversión. Recientemente, el Papa Francisco ha hablado de la necesidad de vencer la tentación de “ser cristianos sin Jesús” y ha indicado que “solo es válido lo que lleva a Jesús y solo es válido lo que viene de Jesús. Jesús es el centro, el Señor”⁵.

- *Conversión a Jesucristo*

Cuando hablo de “volver a Jesucristo”, no estoy hablando de un “aggiornamento”, una adaptación a los tiempos de hoy; algo que es, por otra parte, absolutamente necesario, si la Iglesia quiere cumplir su misión en la sociedad plural y secular de nuestros días. Estamos hablando de volver al que es la fuente y el origen de la Iglesia. El único que justifica su presencia en el mundo y en la historia. Estamos hablando de dejarle al Dios, encarnado en Jesús, ser el único de Dios de la Iglesia, el Abbá, el Dios amigo de la vida, el Padre defensor de los pobres. Solo desde esta conversión, será posible un verdadero “aggiornamento”.

Esta conversión no es un esfuerzo que hemos de pedir solo a la Jerarquía, una aportación que se le ha de exigir a los religiosos/as, a los teólogos y teólogas o a un sector concreto de la Iglesia. Es una conversión a la que estamos llamados todos los que formamos la Iglesia de Jesús. Una conversión “sostenida” a lo largo de los años venideros, que hemos de iniciar ya las generaciones actuales y que hemos de transmitir como espíritu, talante y dirección a las generaciones futuras.

5 Homilía en Santa Marta, 7 de septiembre de 2013

Esta conversión no consiste en una reforma religiosa, sino en una conversión al Espíritu de Jesús. Cuando el cristianismo vivido por muchos no está centrado en el seguimiento a Jesús; cuando su proyecto del reino de Dios no es la tarea primordial en muchas Iglesias diocesanas y parroquias; cuando la compasión activa y solidaria no es el principio básico de actuación; cuando los últimos no son los primeros en nuestras comunidades cristianas..., lo que se necesita no es solo una reforma religiosa, sino una conversión al Espíritu que animó la vida entera de Jesús. Después de veinte siglos de cristianismo, el corazón de la Iglesia necesita conversión y purificación. En estos momentos en que se está produciendo un cambio sociocultural sin precedentes, la Iglesia necesita una conversión sin precedentes, un “corazón nuevo” para engendrar de manera nueva la fe en Jesucristo en la sociedad moderna. Si en los próximos años no se promueve entre nosotros un clima de conversión humilde, gozosa, real al Espíritu de Jesús, es fácil que veamos cómo nuestro cristianismo multiseccular se va diluyendo en formas religiosas cada vez más decadentes y sectarias, y cada vez más alejadas de lo que fue el movimiento inspirado y querido por Jesús.

Convertirnos a Jesucristo es mucho más que introducir algunos cambios en la celebración litúrgica o en la acción pastoral. Es demasiado tarde. La reacción que necesita hoy la Iglesia no vendrá de reformas litúrgicas introducidas por especialistas, ni de innovaciones en la estrategia pastoral. Es necesaria una conversión a un nivel más profundo para que todo eso sea posible. Necesitamos volver a las raíces, a lo esencial, a lo que Jesús vivió y contagió. Reproducir hoy de alguna manera la “experiencia fundante” que se dio en el origen. Para enraizar a la Iglesia en Jesucristo como la única verdad de la que nos está permitido vivir, no basta poner orden, hacer llamadas a la comunión, o introducir algunos cambios en el funcionamiento eclesial de

siempre. No podemos estar esperando a la reforma de la Curia romana. La conversión a Jesucristo nos está exigiendo movilizarnos para crear en nuestras parroquias y comunidades cristianas un clima nuevo y diferente, de búsqueda humilde pero incansable, para reproducir hoy lo esencial del Evangelio como algo siempre nuevo.

- *Nueva relación con Jesús*

La conversión que se nos pide significa en concreto una calidad nueva en nuestra relación con Jesús. Una Iglesia formada por comunidades cristianas que se relacionan con un Jesús mal conocido, vagamente captado, confesado solo de manera abstracta, un Jesús mudo del que no se puede escuchar nada especial para el mundo de hoy, un Jesús apagado, que no seduce, que no llama ni toca los corazones... es una Iglesia que corre el riesgo de irse apagando y extinguiendo en los años venideros. ¿Por qué iba a continuar?

Necesitamos comunidades cristianas marcadas por una experiencia nueva de Jesús. Impulsadas por cristianos que tienen conciencia de vivir desde Jesús y para su proyecto. Cristianos que pertenecen a Jesús y solo porque son de Jesús, pertenecen a su Iglesia y están en ella contribuyendo a hacerla más fiel a él. Cristianos que, en todos los niveles van introduciendo a Jesús como lo mejor, lo más valioso, lo más atractivo y lo más amado: Jesús, nuestro único Maestro y Señor.

Hemos de recuperar y cuidar nuestra identidad irrenunciable de seguidores de Jesús. Buscar en Jesús la identidad más profunda de nuestras parroquias y comunidades cristianas. Se trata, en concreto, de caminar en los años venideros hacia un nivel nuevo de existencia cristiana, ir pasando a una

nueva fase de cristianismo, más inspirado y motivado por Jesús, y mejor estructurado para servir al proyecto del reino de Dios. A mi juicio, este es el horizonte y la perspectiva desde la que hemos de trabajar hoy en las comunidades cristianas.

Lo decisivo es no resignarnos a vivir un cristianismo sin conversión. A todos se nos llama en estos momentos a colaborar en esta tarea difícil pero atractiva, de pasar en la historia de la Iglesia a una fase nueva, más fiel a Jesús. No importa nuestra edad, nuestro lugar o responsabilidad en el interior de la comunidad cristiana. Todos podemos contribuir a que en la Iglesia se le sienta y se le viva a Jesús de manera nueva. Podemos hacer que la Iglesia sea más de Jesús y que su rostro seas más parecido al suyo. Nadie tiene más fuerza que Jesús para cambiarnos.

Si ignoramos a Jesús, nuestras comunidades vivirán ignorándose a sí mismas: no podremos conocer lo más esencial y decisivo de nuestra tarea y nuestra misión. Si no sabemos mirar la vida, las personas y el mundo con la compasión con que miraba Jesús, la Iglesia será una Iglesia ciega, que se engaña creyendo verlo todo a la luz privilegiada de la Revelación, pero viviremos cerrados al único que es “la luz verdadera que ilumina a todo ser humano que viene a este mundo”⁶. Si no escuchamos el sufrimiento de la gente, nuestras comunidades serán comunidades sordas, que no se enteran del Evangelio y que no pueden comunicar la Buena Noticia del Dios encarnado y revelado en Jesús.

Nos hemos de atrever a discernir qué hay de verdad y qué hay de mentira en nuestras celebraciones, en nuestras estrategias pastorales,

6 Juan 1,9

nuestros proyectos e intereses. No tener miedo a poner nombre a nuestra desviación del Evangelio. No se trata de echarnos las culpas unos a otros, a veces para justificar nuestra propia mediocridad. Es un error pensar que la Iglesia se irá convirtiendo a Jesús solo con criticarnos y descalificarnos unos a otros. Lo que necesitamos es construir. Cargar con el pecado actual de la Iglesia como pecado nuestro, de todos, un pecado del que todos somos más o menos cómplices, sobre todo, con nuestra omisión, pasividad o mediocridad. No todos tenemos la misma responsabilidad en el pecado de la Iglesia, pero todos estamos llamados a vivir en proceso de conversión.

3. Liberar la fuerza del Evangelio

¿Puede el cristianismo actual encontrar en su interior el vigor espiritual necesario para desencadenar este esfuerzo de conversión a Jesucristo? ¿Cómo iniciar la reacción en las parroquias y comunidades cristianas?

- *El contacto directo e inmediato con el Evangelio*

El síntoma más grave y patente de la crisis religiosa en las comunidades cristianas es el alejamiento imparable de la gente. Se pueden analizar los diversos factores que están en la raíz de este hecho. Una cosa es clara: la Iglesia ha perdido su poder de atracción. Este dato nos obliga a hacernos una pregunta clave: ¿Seguimos funcionando como siempre, tratando de responder lo mejor posible a las necesidades religiosas, desde esa Iglesia que va perdiendo atractivo y credibilidad o recuperamos cuanto antes el Evangelio de Jesús como la fuerza decisiva, capaz de engendrar fe en los hombres y mujeres de hoy?⁷

⁷ Paul Tihon, *Pour libérer l'Évangile*. Paris, Ed. du Cerf, 2009.

Quienes se acercan hoy a una comunidad cristiana no se encuentran directamente con el Evangelio de Jesús. Lo que perciben es el funcionamiento de una religión multiseular con signos claros de crisis y envejecimiento. El Evangelio queda como ocultado por un conjunto de prácticas, costumbres, lenguajes, devociones y fórmulas religiosas que a muchos les resulta difícil comprender y aceptar. No es fácil identificar con claridad en el interior de esa religión la Buena Noticia proveniente del impacto provocado por Jesús en la historia humana.

Sin duda, también hoy está su Evangelio en el interior de esa religión, dando sentido y aliento al culto y al comportamiento de los cristianos. Sin embargo, tal como es vivida por muchos practicantes, esa religión no suscita “discípulos” que están aprendiendo a vivir del Evangelio de Jesús, sino adeptos a una religión; no genera “seguidores” de Jesús que, identificados con su proyecto, se esfuerzan por abrir caminos al reino de Dios, sino miembros de una institución religiosa que cumplen más o menos lo establecido.

Por razones de diversa índole que no podemos analizar aquí, el trabajo pastoral se lleva a cabo de tal forma que casi siempre termina estructurando la fe de los cristianos, no desde la experiencia de un encuentro personal con Jesús, el Cristo, sino desde la iniciación doctrinal, moral y sacramental a una religión. Sin embargo, como decía Benedicto XVI, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”⁸.

8 Benedicto XVI, *Deus Caritas est*, n.1

No es difícil constatar que muchos cristianos buenos solo conocen el Evangelio “de segunda mano”. Todo lo que saben de Jesús y de su mensaje proviene de lo que pueden reconstruir, de manera parcial y fragmentaria, a partir de lo que han oído a predicadores y catequistas. Viven su religión privados de un contacto directo e inmediato con las “palabras de Jesús” que para los primeros cristianos eran “espíritu y vida”⁹. Este es el dato básico. Atrapada en el interior de una religión en crisis, la energía del Evangelio queda bloqueada, sin caminos ni espacios para entrar en contacto vital con los hombres y mujeres de hoy. Predicado desde el interior de una tradición cultural y religiosa que ha perdido poder de atracción, el Evangelio de Jesús no puede desplegar su fuerza salvadora.

¿No ha llegado el momento de reclamar un nuevo “estatus” del Evangelio para ponerlo decididamente en el centro de las comunidades cristianas? El Concilio Vaticano II nos ha recordado que, a lo largo de los siglos, el Evangelio es en toda época el que hace vivir a la Iglesia: “El Evangelio es, en todo tiempo, el principio de toda su vida para la Iglesia”¹⁰.

Hemos de recuperar el protagonismo central que tuvo el Evangelio en el nacimiento y crecimiento de las primeras comunidades cristianas. Hemos de entender y organizar la comunidad cristiana como un espacio donde lo primero es acoger el Evangelio de Jesús. Un lugar donde se cuida antes que nada, la acogida del Evangelio. Hemos de refundar las parroquias sobre la experiencia directa e inmediata del Evangelio. Regenerar el tejido parroquial en crisis desde la fuerza transformadora del Evangelio.

9 Juan 6,63

10 Lumen Gentium, 20

Esto exige instaurar un nuevo espacio para escuchar juntos el Evangelio. No es suficiente la predicación dominical de los presbíteros. Hemos de reunirnos, en pequeños grupos, creyentes, menos creyentes, poco creyentes e, incluso increyentes en torno al Evangelio. Dar al Evangelio la oportunidad de entrar en contacto directo e inmediato con los hombres y mujeres de hoy. Que su fuerza pueda penetrar en sus vidas, con sus problemas, crisis, miedos y esperanzas. Hemos de despertar en el pueblo sencillo el deseo del Evangelio, que lo conozcan de verdad, que lo disfruten, que lo reclamen a la jerarquía. Hoy, prácticamente, todo se decide en la Iglesia sin el Pueblo de Dios y lejos de él, pero si el pueblo se hace con el Evangelio, arrastrará a la jerarquía. Decía Michel Legaut. que “es el pueblo cristiano quien salvará el cristianismo y no sus dirigentes que, al fin y al cabo, no pueden sino seguirlo”¹¹.

- *El Evangelio como inicio de una nueva identidad cristiana*

El relato de Jesús, leído, escuchado y compartido en grupo es el camino más natural para actualizar hoy, de alguna manera, la experiencia originaria de los primeros discípulos y discípulas que se encontraron con él por los caminos de Galilea. En los cuatro pequeños escritos que recogen ese relato encontramos la memoria de Jesús, tal como era recordado, creído y amado por sus primeros seguidores: el impacto causado por Jesús en los primeros que se sintieron atraídos por él y respondieron a su llamada.

Los evangelios no son libros didácticos que exponen doctrina académica sobre Jesús. No son catecismos. Lo primero que se aprende en ellos es un estilo de vida: el estilo de vivir de Jesús, su modo de estar en el mundo, su

11 Marcel Legaut, *Creer en la Iglesia del futuro*. Santander, Sal Terrae, 1985, p.122

manera de interpretar y construir la historia, su forma de hacer la vida más humana¹². El rasgo más original de estos grupos reunidos para compartir el Evangelio de Jesús es que ofrecen la posibilidad de una experiencia nueva: ser engendrados a la fe, no por vía de “adoctrinamiento” o como “proceso de aprendizaje”, sino como una experiencia de transformación al contacto con Jesús. Lo que se escucha en estos grupos no es la instrucción de un catequista o la enseñanza de un predicador, sino la Palabra de Dios encarnada en Jesús.

Desde esta experiencia vivida en torno al Evangelio es posible introducir en la comunidad parroquial una dinámica que lleva a entender y vivir la fe, no como adhesión doctrinal formulada en categorías o conceptos de otros tiempos, sino primordialmente como un estilo de vida realizable en todas las culturas y en todas las épocas. No se trata de minusvalorar el contenido doctrinal que el cristianismo ha desarrollado, durante veinte siglos, en el interior de la cultura occidental, pero sí de integrarlo y sobre todo de vivirlo desde una percepción más básica y global de la fe cristiana como seguimiento a Jesucristo. Hemos de aprender a creer en Jesucristo siguiendo sus pasos, no solo repitiendo fórmulas.

Hemos de aprender prácticamente a leer los evangelios como “relatos de conversión” que han sido escritos para suscitar discípulos y seguidores. Relatos que invitan a entrar en un proceso de cambio, de mutación de identidad, de seguimiento a Jesús, de identificación con su causa, de colaboración con su proyecto del reino de Dios¹³. En esta actitud de conversión han de ser leídos, meditados, compartidos, acogidos y contagiados en la comunidad cristiana.

12 Christof Theobald. *Le christianisme comme style. Une manière de faire la théologie en postmodernité*. Paris, Ed. du Cerf, 2008, I, 16-177.

13 Christof Theobald, *Lire les Ecritures dans un contexte de mutation ecclésiale*, en Jean François Bouthors (Ed.) *La Bible sans avoir peur*. Paris, Lethielleux, 2005, 263-291.

Entendida así, la escucha del relato evangélico en estos pequeños grupos eclesiales no ha de ser considerada como una actividad más entre otras, sino como la matriz desde la que se puede ir regenerando la fe en nuestras parroquias y comunidades. El Evangelio tiene una fuerza regeneradora que, de ordinario, no sospechamos. Enseña a vivir la fe, no por obligación sino por atracción, hacer vivir la vida cristiana, no como un deber religioso, sino como seguimiento apasionado a Jesús y colaboración en su proyecto humanizador del reino de Dios. Estoy convencido de que el verdadero secreto de la llamada “nueva evangelización” consiste sencillamente en ponernos en contacto más vital, directo e inmediato con la persona de Jesús y su evangelio. Esta experiencia puede inaugurar de manera humilde pero real una nueva fase en la pequeña historia de nuestras comunidades.

4. Recuperar el proyecto humanizador del reino de Dios

El olvido de la memoria de Jesús en el interior de la Iglesia, unido a diversos factores de carácter histórico, ha traído consigo graves consecuencias. El más grave, sin duda, el olvido generalizado del proyecto del reino de Dios, verdadera pasión de Jesús y, sobre todo, la disolución y obscurecimiento de su dimensión histórica.

- *El reino de Dios como objetivo y razón de ser de la comunidad cristiana*

La Iglesia ha desplazado en buena parte al reino de Dios. Lo que para Jesús era el objetivo y la razón de ser de su vida, el corazón de su mensaje y

la pasión que animó su entrega a la voluntad del Padre hasta la muerte, hoy no es ya la fuerza, el motor, la razón de ser para los cristianos. La Iglesia termina casi siempre preocupándose de sus adeptos, sus instituciones, su futuro y sus intereses.

Se ha dicho que “el eclesiocentrismo es una de las herejías cristianas que, con más inconsciencia e impunidad se han introducido en la historia de la fe, tanto en sus formas más descaradas como en las más sutiles, tanto en el pasado como en el presente”¹⁴. La predicación constante del Evangelio todos los domingos a las comunidades cristianas, o los escritos de la jerarquía a las Iglesias diocesanas, no logran dejar claro que la primera tarea de la Iglesia y de las comunidades cristianas es ese Proyecto humanizador del Padre, que Jesús llamaba con la metáfora “reino de Dios”. Privados de un proyecto primordial claro, vivimos organizando a lo largo de los años Jubileos, Centenarios, Año de la Fe, Año Mariano, Año del Sacerdocio Ministerial... que, casi siempre nos dispersan y distraen de lo esencial.

Jesús invitaba a sus seguidores, no simplemente a buscar a Dios sino a buscar “el reino de Dios y su justicia”; nosotros estamos habituados a exhortar a la búsqueda de Dios sin hablar de su justicia. Jesús no llamaba sin más a la conversión a Dios, pedía “entrar” en la dinámica del reino de Dios, colaborando en abrir caminos a un mundo más humano, digno y justo; nosotros planteamos la conversión sin tener claro en el horizonte el proyecto del reino. Iniciamos a la oración, pero con frecuencia, devaluamos o ignoramos el contenido real del Padre Nuestro, la única oración que Jesús nos dejó en herencia para alimentar nuestra identidad de discípulos suyos y colaboradores en el proyecto del reino del Padre.

14 Pedro Casaldáliga-José María Vigil, *Espiritualidad de la liberación*. San Salvador. UCA Editores, 1992, p.134

Es indudable que la Iglesia contribuye a la construcción del reino de Dios, colaborando de múltiples formas a la humanización del mundo, pero es necesario recuperar la centralidad del reino de Dios. Cuando en las comunidades cristianas se olvida la primacía absoluta del reino, el movimiento de Jesús queda desvirtuado y las energías de las comunidades se dispersan en mil tareas, prácticas y devociones que, a veces, quedan muy lejos de su proyecto. ¿Qué podemos hacer?

Lo primero es no identificar el reino de Dios con la Iglesia. Hemos de agradecer a Pablo VI y Juan Pablo II su posición clara y rotunda recogiendo el pensamiento del Concilio Vaticano II. El primero dice así: “Solo el reino de Dios es absoluto. Todo lo demás es relativo”¹⁵. Más tarde, Juan Pablo II precisó la naturaleza de la Iglesia en estos términos: “La Iglesia no es ella misma su propio fin, pues está orientada al reino de Dios del cual es germen, signo e instrumento”¹⁶. El Papa Francisco viene criticando en múltiples ocasiones la “autoreferencialidad de la Iglesia”, encerrada en sí misma. Si trabajamos por unas comunidades más lúcidas, más corresponsable y más evangélicas, no lo hacemos pensando en los intereses de la Iglesia sino porque queremos y buscamos un mundo más justo y solidario, una sociedad más humana y digna.

Segundo. Hemos de refundar y organizar de manera nueva las comunidades, no desde la respuesta a las necesidades de una religión, sino desde la contribución al proyecto del reino. El cambio decisivo es ir pasando de comunidades centradas en el culto y en la catequesis a comunidades abiertas a la vida, dedicadas a abrir caminos al reino de Dios en medio de los problemas, luchas y sufrimientos que se viven en el mundo de hoy. Como diría

15 Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, n.8

16 Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, n.18

el Papa Francisco, comunidades que salen animadas por el Espíritu de Jesús, “hacia las periferias de la existencia”.

El movimiento de Jesús se ha configurado a lo largo de los siglos como una religión, con su propio culto, sus creencias, obligaciones y prácticas. El hecho es legítimo y hasta necesario. Pero ha llegado el momento de recordar que el cristianismo no es una religión fundada por Jesús para responder a las necesidades religiosas del ser humano, sino una religión profética, nacida del Espíritu profético de Jesús para construir en esta tierra un mundo más justo y solidario, encaminado hacia su salvación definitiva en el Padre.

Hemos de tener claro que evangelizar no es desarrollar una religión sino abrir caminos al reino. Este es invariablemente el mandato de Jesús: “Id y anunciad el reino de Dios”. “Id y curad la vida”. El reino de Dios no es una construcción religiosa. No se construye en base a prácticas religiosas. No se entra en su dinámica por medio de una conducta ajustada a una disciplina religiosa, sino siguiendo de cerca su práctica curadora y liberadora. Por eso, para hacer del cristianismo una religión al servicio del reino de Dios, es necesario recuperar en nuestras comunidades la dimensión histórica y social del reino de Dios.

- *Recuperar la dimensión histórica y social del reino de Dios*

De manera sencilla podemos decir que, para Jesús, el “reino de Dios” es la vida tal como la quiere construir el Padre. Pero ese reino de Dios encierra toda la riqueza de contenidos de lo que es obra de Dios. Sin embargo a lo largo de los siglos, la poca fidelidad a la memoria de Jesús y de su Evangelio

ha ido propiciando el empobrecimiento de su apasionante proyecto, olvidando dimensiones básicas e introduciendo reducciones lamentables.

Así, el reino de Dios se ha ido convirtiendo en el “reino de los cielos”, siguiendo de manera injustificada el lenguaje de Mateo y reduciendo todo el proyecto humanizador de Dios a su realización trascendente en el seno del Padre. Sin embargo, Jesús no hace del “cielo” el centro de su vida y su mensaje. Al rezar el Padre nuestro, nosotros no pedimos ir al cielo, sino que “venga a nosotros tu reino” y “que se haga la voluntad del Padre en la tierra”. Es significativo que Jesús anuncia la salvación eterna introduciendo salud en los enfermos y dolientes de este mundo.

Otras veces, siguiendo una posible lectura de Lucas 11,21, se reduce el reino de Dios a una realidad íntima e individual que se produce en el interior de la persona cuando se abre a la gracia (“El reino de Dios está dentro de vosotros”). Es cierto que nos abrimos al reino de Dios desde una actitud interior de conversión al Dios revelado en Jesús, pero es cierto también que ese proyecto se va haciendo realidad social allí donde la vida sociopolítica se va haciendo más justa y solidaria (“El reino de Dios está entre vosotros”).

Otras veces, abusando de una exposición de Orígenes (autobasileia), se identifica el reino de Dios con la persona de Jesús y se reduce casi todo a imitarlo, desde una piedad de carácter con frecuencia individualista, alimentada en la recepción de los sacramentos. Sin embargo, aunque es verdad que Jesús se presenta como el Enviado de Dios para proclamar e impulsar el reino de Dios, es evidente que cuando habla de este reino se está refiriendo a una realidad distinta de sí mismo. ¿Qué queda del proyecto del reino de Dios en una comunidad contaminada por este tipo de visiones y experiencias?

Lo primero que hemos de hacer es aprender a acoger el reino de Dios en la vida, no solo en la religión. De forma generalizada, los cristianos asocian espontáneamente a Dios con la religión: su comportamiento en la vida no es sino una exigencia moral que se deriva de su práctica religiosa. Jesús se sitúa ante Dios de otra manera. Mientras los maestros de la Ley y los dirigentes del Templo asocian a Dios con su sistema religioso, Jesús lo vincula con la vida. Mientras ellos se sienten llamados por Dios a asegurar el culto del templo, los sacrificios rituales, la observancia de la Ley o el cumplimiento del sábado, Jesús se siente impulsado por el Espíritu de Dios a promover una vida más liberada. Para él, lo primero es la vida de las personas no el culto del templo; la curación de los enfermos, no el sábado; la reconciliación social, no las ofrendas que lleva cada uno hacia el altar; la acogida amistosa a los pecadores y gentes excluidas, no los ritos de expiación o las normas de pureza; la defensa de los últimos, no la defensa de los preceptos...

Hemos de recuperar en las comunidades cristianas la vocación a abrir caminos al reino de Dios en la vida. Grabar bien en todo nuestro quehacer pastoral el texto programático que define, según Lucas, toda la actuación de Jesús: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Noticia, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor¹⁷. No es un texto más. Esos grupos de personas, los “pobres”, los “cautivos”, los “oprimidos”, simbolizan y resumen la primera preocupación de Jesús: los que lleva más dentro en su corazón profético. Son los que han de ocupar el centro de las preocupaciones de una comunidad de Jesús. Y ese programa de Jesús ha de ser el nuestro. Lo que se promueve y difunde desde la comunidad cristiana ha de ser “buena noticia

17 Lucas 4, 16-22 (Cita de Isaías 62, 1-2)

para los pobres”, “liberación” para los oprimidos, “luz” para quienes caminan en tinieblas y sin esperanza, “libertad”, gracia, solidaridad, defensa para los más indefensos y vulnerables.

Segundo. Colaborar en el proyecto del reino de Dios exige introducir un cambio radical en la práctica religiosa que se promueve en las comunidades cristianas. No podemos permitir que los signos sacramentales sustituyan o desplacen a los signos liberadores del reino que Jesús practicaba en la vida: signos de compasión, de justicia, de indignación y denuncia, curación, cercanía solidaria... El cambio decisivo es dar pasos hacia comunidades capaces de “hacerse cargo de la realidad” sintonizando con el drama del hambre, la miseria, las guerras que hay en el mundo, y capaces de cargar con el sufrimiento que hay en nuestro entorno. Tiene razón J. B. Metz cuando denuncia que en la religión cristiana hay demasiados cánticos y pocos gritos de indignación, demasiada complacencia y poca nostalgia de un mundo más humano, demasiado consuelo y poca hambre de justicia. ¿Qué son unas comunidades cristianas “blindadas” por su práctica religiosa contra todo sufrimiento perturbador?

Es necesario reaccionar. Desarrollar de manera paciente un estilo de practicante del reino, diferente del estilo de un practicante religioso. Hacer “entrar” a las comunidades cristianas en la dinámica del reino recuperando los gestos, las reacciones, el lenguaje y las actitudes de Jesús. Privilegiar su estilo de vida: fe en el proyecto de Dios, confianza en su fuerza humanizadora, compasión activa y solidaria, austeridad de vida, indignación, actividad liberadora, acogida incondicional a todos, atención preferente a los últimos. Hemos de promover espacios y prácticas de vida más humana, campañas y compromisos en nombre de toda la comunidad, colaboración en iniciativas sociales...

No será fácil. Lo importante, como siempre, es contar con un grupo de creyentes más concienciados y dispuestos, como fermento que puede impulsar el proceso hacia una transformación de la comunidad cristiana.

A modo de conclusión

Dentro de poco, nuestras comunidades serán menos y más pequeñas. Existe el riesgo de que en no pocas se termine viviendo la religión cristiana de manera empobrecida y decadente. Habrá también comunidades donde se reunirán los que se sientan realmente atraídos por Jesús y su proyecto. Todo será más difícil y costoso, pero también más sencillo. La crisis habrá ido despojando el cristianismo de muchas adherencias superfluas a las que nosotros nos seguimos aferrando. Seguramente habrá cristianos que volverán a lo esencial. Se alimentarán del Evangelio más que de doctrina. Entenderán mejor que nosotros lo que es ser “levadura”, “sal” y “luz” en medio del mundo. Y Dios seguirá impulsando su reinado. Jesús no ha dado todavía lo mejor.